que nosotros, una metafísica como consecuencia y complemento de la ciencia positiva; pero si hemos podido juzgar con acierto las opiniones del ingenioso crítico y filósofo, esa metafísica le ha conducido al materialismo y quizás al ateismo. *(Les Philosophes classiques du XIXe siècle en France par H. Taine. Paris*, 1882, *Prefacio y passim.)*

Antes de terminar este breve juicio acerca de M. Taine permítasenos citar algunas palabras con que caracteriza las escuelas panteista, materialista, deista y positivista: "Concevez une espèce vivante, por exemple, celle des bluets. Chaque bluet meurt dans l'année, non par accident, mais en vertu de sa constitution, et par une necessité intérieure; il en produit d'autres qui le remplacent, et ainsi de suite. Ce qui persiste et ce qui tend à persister, ce ne sont pas les individus, c'est l'espèce, c'est-à-dire la forme abstraite ou ideale commune à tous les individus, et les individus ne vivent, ne naissent et ne se remplacent que parce que cette forme tend à subsister. L'espèce est donc autre chose que la somme des individus; elle est nécessaire, et ils sont accidentels; elle est une cause, ils sont des effets. Mais d'autre part elle n'existe qu'en eux et par eux; elle ne serait pas s'ils n'étaient pas; il n'y aurait pas de forme idéale commune à tous les bluets, s'il n'y avait pas de bluets.

"Selon les panthéistes d'Allemagne, la somme des bluets, c'est le monde. La forme ideale de bluet, c'est Dieu." Y aquí pone M. Taine la siguiente nota:

"Selon les panthéistes, le bluet idéal, c'est Dieu. Selon les matérialistes, il n'y a pas de bluet ideal, il n'y a que des bluets particuliers. Selon les deistes, il n'y a pas de bluet idéal, mais un ouvrier intelligent et puissant, qui fabrique tous les bluets particuliers. Selon les positivistes, on ne peut connaître que les bluets particuliers, il ne faut pas s'occuper du bluet idéal." *(Obra citada, págs.* 136 *y* 137.*)*

Muchos otros declarados materialistas, como MM. Büchner, Moleschott, Vogt, etc., suelen ser á veces confundidos con los positivistas. Es fácil, sin embargo, comprender que, aunque el positivismo pueda conducir al materialismo, este último difiere del primero, en que sus principios son esencialmente metafísicos, pues penetra en la esencia y naturaleza de las cosas y pretende explicar la existencia de estas por causas puramente físicas.

El principal objeto de esta larga nota, ha sido demostrar, que la abstencion filosófica del positivismo, es una verdadera quimera; que los positivistas ortodoxos son muy raros y que, recorriendo con atencion todos los escritos del mismo fundador de la escuela y de su discípulo Littré, no seria difícil comprobar que, aun ellos mismos, no se mantuvieron siempre encerrados en los límites severos de sus principios.

34. *Ensayo de conciliacion entre la idea de un Gobierno providencial y el régimen de las leyes naturales.—Bosquejo de nuestras opiniones en Teognosia.*—Cuando los sociologistas analizan las causas de las acciones humanas, tienden, como hemos visto, á llevarnos á esta conclusion: que lo que se llama voluntad en el hombre, si es que existe, no es una intervencion arbitraria y caprichosa, sino algo engendrado por sus antecedentes, en términos de que, si estos pudieran seguirse paso á paso, nos harian ver en cada acto de la voluntad, una consecuencia tan precisa é indeclinable de esos mismos antecedentes, como un fenómeno cualquiera del órden físico, lo es de los que le han precedido y da-

do orígen. Esos mismos filósofos, sin embargo, y aquí notamos una nueva contradiccion, no pueden concebir una voluntad que no sea arbitraria y caprichosa, y, por lo mismo, inadmisible para la explicacion de los fenómenos del Universo, que todos se nos revelan gobernados, como decia Ciceron, por "una ley eterna é inmutable que abraza todas las cosas y los tiempos."

Así M. H. Spencer en su obra sobre el "Estudio de la ciencia social," capítulo 2°, censurando al autor de la obra *The Roman and the Teuton*, porque admite en la historia, y aun en los fenómenos físicos, la intervencion de una providencia, prorumpe en la siguiente exclamacion: "No nos concierne aquí procurar la conciliacion de las ideas incongruentes, que no pueden marchar juntas en ese párrafo; ni tenemos por qué preguntar, cómo los resultados de la gravitacion, cuyos actos se ejercen con tanta uniformidad, que, dadas ciertas condiciones, se pueden calcular los resultados con toda certidumbre, pueden al mismo tiempo considerarse como los resultados de la voluntad, que nosotros clasificamos aparte; porque, como de ello nos convence nuestra experiencia, es una fuerza relativamente irregular; ni tenemos por qué preguntar, en qué términos, —si el curso de las cosas humanas está providencialmente determinado como el de los fenómenos materiales,—es posible establecer una distincion entre la prevision de los fenómenos materiales, que constituyen la ciencia física, y la prevision histórica que el Profesor crée imposible. Dejarémos al lector el cuidado de sacar por sí solo esta evidente conclusion: *que es necesario renunciar, ó á las ideas corrientes sobre la causalidad física ó á las ideas corrientes sobre la voluntad.*" *(Trad. esp., Barcelona, tom. I, pág.* 29.*)*

Draper en su *Historia de los conflictos entre la religion y la ciencia, cap.* 9, encuentra tambien inconciliables las dos interpretaciones que pueden darse acerca del gobierno del mundo: la intervencion divina incesante ó la accion de una ley invariable, y decidiéndose por esta última, niega forzosamente la primera.

Buckle en el capítulo I de su *History of civilization in England*, propone este dilema, que por supuesto decide en favor de las leyes fijas: "Si las acciones humanas, no son el resultado de leyes fijas, se deberán á la casualidad ó á intervenciones sobrenaturales."

H. Moleschott en sus *Cartas sobre la circulacion de la vida (Kreislauf des Lebens.)*, repite constantemente que las leyes naturales son la expresion más rigurosa de la necesidad y que, por lo mismo, es anticientífico y absurdo considerar el gobierno del Universo como el curso de un órden arreglado y determinado desde antes por un espíritu que gobernase exteriormente, teniendo á su cargo la tarea penosa y aun imposible, de ponerse de acuerdo con leyes inmutables. Presenta tambien un dilema análogo á los de Draper y Buckle: "ó son las leyes inmutables de la naturaleza las que gobiernan, ó es la voluntad divina: si esto último, las leyes son superfluas; si lo primero son las leyes las que gobiernan inmutablemente, excluyendo en consecuencia, toda intervencion de una causa extraña." Ahora bien, como todo nos atestigua la existencia de las leyes inmutables, la idea de Dios para Moleschott viene á ser la más inútil de las quimeras. "Si Dios existiera, dice, seria como un rey constitucional; reinaria y serian las leyes las que gobernasen." De ahí deduce "que por honor del mismo Dios es preferible negar su existencia."

Cansariamos al lector si hubiéramos de citar las opiniones de todos los filósofos que han creido incompatible la existencia de las leyes invariables con la intervencion de Dios en el Universo. A riesgo de que se nos tache de presuntuosos, vamos á intentar demostrar que esa incompatibilidad es solo aparente, y depende, como la mayor parte de los errores filosóficos, de que solo se ha considerado la cuestion, bajo un punto de vista.

Se dice que voluntad é inmutabilidad son ideas incongruentes y que no pueden marchar unidas. Sin embargo, ya la observacion comparativa de diversos caractéres humanos, nos permite concebir que esa incongruencia no es absoluta. Mientras que, algunas personas de carácter ligero y mudable están cambiando constantemente de ideas, y aun de voluntad, vemos otras muchas, inquebrantables en sus propósitos y que siguen una vida metódica y ordenada. Imaginémonos observando durante algun tiempo, la vida y costumbres de una de estas últimas, y no tardariamos en predecir con cierta aproximacion, algunos de sus actos. Podriamos decir por ejemplo, á quien acerca de ello nos preguntara: "Son las seis de la mañana; N. se acaba de levantar, se lava, se viste y desayuna, y no pasará mucho tiempo sin que le vea vd. salir á tomar su paseo acostumbrado en la Alameda; á las ocho entrará á su escritorio en donde permanecerá trabajando hasta las doce, hora en que invariablemente se sienta á comer," etc. Así habriamos expuesto lo que podria llamarse *la ley natural* que rige las acciones de N., sin tocar en lo más mínimo la cuestion de la voluntad, orígen de esas mismas acciones. Nuestros cálculos sin embargo, podrian algun dia salir fallidos, porque un accidente extraño á la voluntad de N., ó

bien un cambio más ó ménos explicable en esa misma voluntad, consecuencia de su imperfeccion, podria suspender el curso de sus hábitos; pero el procedimiento seguido para la prediccion de aquellos actos, es en rigor, el mismo que observan los sabios en sus investigaciones sobre las leyes naturales.

Consta además, que, á medida que, el individuo tiene más desarrollada la inteligencia y el poder reflexivo, sus pensamientos, y por consiguiente sus actos, son más ordenados y ménos caprichosos. La comparacion entre un niño y un adulto ó entre un salvaje y un hombre civilizado, confirmarán el principio que asentamos, y que demuestra, que la voluntad es tanto ménos arbitraria cuanto más está dirigida por la razon. Alguno podria deducir de esto, que el niño y el salvaje son más libres que el adulto ó el hombre civilizado, ya que no están tutoreados, como estos últimos, por las leyes de la facultad discursiva, pero es fácil comprender que, por eso mismo, se ven arrastrados á obrar segun la corriente que les imprimen los agentes exteriores y que, por consiguiente, no son libres.

Para nosotros, la libertad bien entendida, no supone la carencia de móviles en las acciones, pues en tal caso el demente y el niño serian más libres que el hombre pensador y reflexivo. Lo que supone esencialmente, es que los móviles no sean extraños al sér libre, sino que partan de él mismo. Así, mientras más racional sea el motivo que nos dirija, más libres nos consideramos, á lo ménos comparados con aquellos que, no teniendo por guía la razon, marchan al acaso y se ven arrastrados por acontecimientos que no han podido prever, ni mucho ménos evitar.

Aplicando ahora estos principios á la cuestion, objeto

de esta nota, y observando en la naturaleza, inteligencia y prevision por una parte, é inmutabilidad en la sucesion de los fenómenos bajo las mismas circunstancias, por otra, no solo encontramos conciliable el resultado de esta observacion con la hipótesis de un Dios, causa de esos fenómenos; sino que tal hipótesis, y perdónesenos la expresion, es la única que puede explicarnos ese resultado. Si Dios, por hipótesis, (bien fundada por cierto, en la observacion de los hechos), es inteligente en sumo grado, tiene forzosamente un designio en el órden y marcha de la naturaleza que es su obra, prevé los resultados de todos sus actos y queriendo siempre lo más perfecto, no puede como el hombre, mudable y caprichoso, cambiar sus determinaciones; y nosotros, séres pequeños y finitos, que observamos el efecto de esas voliciones, siempre ordenadas é idénticas á sí mismas en cada especie de fenómenos, les llamamos leyes naturales, y su inmutabilidad nos hace capaces de predecir y utilizar los hechos, exaltándose nuestro orgullo porque, al ménos, hemos podido conocer, predecir y aprovechar una pequeñísima parte de esas voliciones infinitas, orígen real de todo lo que vemos. ¡A tan poca cosa se reduce la ciencia de que tanto nos envanecemos!

Ya se percibe que nuestra doctrina, segun la hemos expuesto, no solo concilia las leyes invariables con la incesante intervencion divina, sino tambien la inmutabilidad de esas leyes con la libertad de Dios. Si sus actos son inmutables es porque emanan de su Suprema Inteligencia: los móviles de ellos serán pues, internos á la misma Causa, procedentes solo de Ella,—puesto que nos seria imposible concebir siquiera que le fueran extraños,—y, por consiguiente, esa inmutabilidad, que aparentemente es contra-

dictoria con la libertad, la confirma y explica, de un modo satisfactorio, en el sentido que nosotros la comprendemos, que es el único, á nuestro juicio, en que puede ser admisible.

Pero ¿por qué tal hipótesis? se dirá: ¿no bastan las mismas leyes naturales para explicar el órden del Universo? No, decimos nosotros; las leyes explican las relaciones, el cómo de los fenómenos, pero no su verdadera causa, el por qué, y aun suponiendo que las leyes fueran causa real, es evidente que el espíritu no las puede concebir sino como efectos, pues siempre le es indispensable imaginar que álguien las haya producido y ordenado. Los filósofos de todas las escuelas, aceptan ésto, con mayor ó menor claridad, cuando nos dicen que, más allá de los fenómenos, hay algo inaccesible para la inteligencia humana. Y ¿por qué eso inaccesible no seria el Dios de nuestra hipótesis, cuando con ella todo se explica y se concilia, y cuando la existencia de ese Sér incomprensible la afirma más ó ménos explícitamente, no solo la razon, dándole diversos nombres, sino la conciencia y el sentimiento de los pueblos en todos los tiempos? Si esa nocion procediera solo del instinto ó del sentimiento, podriamos dudar de que tuviera una realidad objetiva; mas dudar de ella, cuando tambien la afirma la razon y la confirma la ciencia positiva, nos parece casi un absurdo indigno de la inteligencia humana.

Suele decirse, como una crítica, que el atribuir los fenómenos naturales á la intervencion de una voluntad sobrenatural, es una tendencia antropomórfica y pueril, propia solo de los niños y de los pueblos primitivos. Respecto del primer punto dirémos: que el antropomorfismo grose-